

EL "QUIJOTE" Y LA GENERACIÓN DE 1898 (*)

Por JULIO GARCÍA MOREJÓN

De la Universidad de Salamanca. Prof. de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de Sorocaba.

Una vez más, noble hidalgo manchego, te dispones a soportar elogios, discursos y memorias, certámenes y concursos, como te saludaba uno de tus vencidos, el noble caballero andante de la poesía Rubén Darío. Y una vez más nos acercamos a ti, nosotros, "que necesitamos las mágicas rosas, los sublimes ramos de laurel" (1), para que nos transmitas un poco de tu locura, la locura que pedía a gritos aquel otro "donquijotesco don Miguel de Unamuno" (2), la locura que saque de la postración a los espíritus dormidos para elevarlos a las esencias de la inmortalidad. No está de más hoy, que conmemoramos en lejanas tierras tu salida, unidos todos por el nimbo de la gracia ibérica, no está de más, "noble peregrino de los peregrinos" (3), que soportes por unos minutos "a un enamorado de tu Clavileño" (4). Te necesitamos, Don Quijote, hoy más que nunca, en este mundo que camina sin frenos a la desintegración, para que con tu lanza te arrojes contra la mentira, "contra las ciencias", "contra las certezas", para que nos hagas ver que los molinos eran verdaderamente gigantes, enormes gigantes sin conciencia que había que derrumbar para que ganásemos de la eternidad el pan de su mirada. Y para eso hoy te imploramos que lances un pedazo de tu espíritu sobre nuestras cabezas, adormecidas por el marasmo del progreso técnico, por el miedo a los molinos, máquinas que apagan la libertad individual del mundo. Precisamos, sí, que desen-

(*) Conferencia pronunciada el día 21 de noviembre de 1955, en el Gran Auditorio de la Biblioteca Municipal de la ciudad de San Pablo (Brasil), como inauguración de los actos promovidos por el Consulado General de España, con motivo del 350.º aniversario de la publicación de la primera parte del *Quijote*.

(1) Rubén Darío, *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* (Obras poéticas completas). — Editorial Aguilar S. A. Madrid, 1949. Pág. 749.

(2) Antonio Machado, *A don Miguel de Unamuno* (Poesías completas) Espasa Calpe S. A. Madrid 1946, pág. 246.

(3) Rubén Darío, *op. cit.*

(4) id. id. *op. cit.*

cadenes en nosotros ese vértigo espiritual por el que clamaba tu siervo Unamuno y para ello, convidados por la mirada benévola y deseosa de cuantos nos rodean en esta hora sublime de nuestro *Ora pro nobis*, saldremos a rescatar tu sepulcro "del poder de los hidalgos de la Razón" (5). ¿Y cómo?. Ya nos lo dijo tu siervo, a quien veneramos: "¿Tropezáis con uno que miente? Gritadle a la cara: ¡Mentiral, y ¡adelante!. ¿Tropezáis con uno que roba? Gritadle: ¡Ladrón!, y ¡adelante!... ¡Adelante siempre!" (6). Y así trataremos de vencer a la mentira en el mentiroso, al latrocinio en el ladrón y a la máquina en los molinos de viento. Deposita sobre nosotros la divina manía de la ilusión, de la fantasía, el beso sin horizontes de tu mirada sorprendida ante el menor vagido de inmortalidad. Y te suplicamos que, por unos momentos, nos permitas salir hacia ti en los que te quisieron, en los que gritaron tu presencia, la necesidad de tu presencia, en ese grupo de hijos tuyos, tan españoles y tan de la Humanidad como tú, que salgamos hacia ti con la mirada acariciadora de tu misericordia: deja que hablen un poco de ti estos hombres, ese quijote Unamuno, ese quijote "Azorín", ese quijote Ramiro de Maeztu, ese quijote Ganivet, todos esos tus siervos que quieren tu locura, que la desean, para la salvación de su patria y del mundo.

Miguel de Cervantes Saavedra publica la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* en 1605 (7). Han transcurrido desde entonces 350 años de vida, cada uno con sus vidas y con sus muertes a la espalda. *Una mañana antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, (Don Quijote) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo por ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo* (8). "Así, solo, sin ser visto, por puerta falsa de corral, como quien va a hacer algo vedado, se echó al mundo. ¡Singular ejemplo de humildad", comenta don Miguel de Unamuno (9). Y nosotros ahora, fuera de la meditación y de la filosofía, nos preguntamos, entrando ya en el tema que nos hemos propuesto desarrollar: ¿Cómo

(5) Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho* (Ensayos II), M. Aguilar, Editor. Madrid 1945. Pág. 69.

(6) id. id. *op. cit.* Pág. 72.

(7) *El Ingenioso/ Hidalgo Don Quijote de la Mancha, / Compuesto por Miguel de Cervantes/ Saavedra./ Dirigido al Duque de Béjar, / Marqués de Gibralféon, Conde de Benalcazar, y Bañá/ res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de / las villas de Capilla, Curiel, y / Burguillos. Año 1605/ Con privilegio, / En Madrid, por Juan de la Cuesta./ Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. Señor.*

(8) *Don Quijote, de la Mancha*, I, cap. II.

(9) Miguel de Unamuno, *op. cit.* pág. 87.

han sentido, cómo han comprendido, cómo han comulgado el *Quijote* las gentes desde que armado de sus armas salió al mundo predicando su milicia? Ramiro de Maeztu, en un rápido recorrido a través de la España de Cervantes, que pasa, en pocos años, de un espléndido florecimiento y riqueza y poderío a la más irreductible decadencia y postración, comenta: "Pero en los años en que el *Quijote* se engendra y escribe, España se halla ya, y en consecuencia de su pasmosa actividad creadora, exhausta, despoblada... miserable, cercana a la derrota. ¿Y cuál podía ser el anhelo más íntimo de aquel país demasiado trabajado sino el de descansar?" (10). Quizá estas circunstancias nos expliquen el por qué apenas se dieran cuenta los españoles de entonces de la trascendencia de esta obra, y los mayores ingenios de nuestro Siglo de Oro pasaran por encima de Cervantes sin concederle otro mérito que el de su fantasía. No podían, por un lado, entenderlo, porque surgía de dentro de su fracaso, porque no se daban cuenta de su fracaso. Y esto ocurría con Lope de Vega, por ejemplo. E incluso entre quienes, poco más tarde, vislumbraban la decadencia, como Calderón y Quevedo, por citar los dos más grandes del barroco español, entre éstos tampoco se dió el hecho de una apreciación precisa del *Quijote* en lo que esta obra encierra de profunda penetración filosófica española. En el siglo XVII los españoles se reían con las locuras de Don Quijote, encontraban en la obra el solaz deseado en su descanso. Las 23 ediciones que circularon entonces muestran hasta qué punto el *Quijote* se impone como obra de ficción, mas no como obra de la que pueda extraerse el sentido de nuestro destino (11). El siglo XVIII,

(10) Ramiro de Maeztu, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, Espasa-Calpe Argentina, S. A. (Colección Austral n.º 31), Sexta edición, Buenos Aires, 1948. Págs. 41-42.

(11) El año de 1561 el rey Felipe II ordena el traslado de los funcionarios de la Corte —establecida en Toledo— a Madrid. Madrid se convierte entonces en la capital de la nación, y a ella acuden, atraídos por la golosina de los cargos públicos y por la vida de la corte, gentes de todos los rincones de España, y, como no podía menos de acontecer, los poetas y escritores, que entonces eran una verdadera plaga. Entre éstos encontramos a Cervantes, el cual —verdad sea dicha— entra tardíamente en los medios literarios de la capital, en los mentideros y tertulias. En los mentideros ni asoma siquiera, como lo prueba una carta de Lope al Duque de Sessa, en que afirma que "muchos poetas hay en ciernes, pero ninguno tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a Don Quijote". He aquí una manifestación crítica del *Quijote* en el siglo XVII, si bien es verdad que la crítica posterior ha malentendido esta afirmación de Lope, ya que es posible que cuando escribió semejante frase no hubiese leído la obra, en 1604, y Lope se hubiese dejado llevar por el revuelo de la invención quijotesca levantado en Sevilla. La primera postura de los hombres del XVII en España es de sorpresa. Les causa extrañeza, y la fama de Cervantes se desprende de su función como novelista. Testimonios literarios existen —entre ellos de Calderón, de Tirso y otros autores— en que se apunta la fama de Cervantes en el género novelesco. Mas si los escritores reciben el *Quijote* como una obra extraña, el pueblo lo recibe con sorprendente hilaridad, y recuérdese, sino, la famosa anécdota que cuenta Baltasar Porreño sobre Felipe IV.

que es un siglo de revisión, cuando los espíritus sosegados se lanzan a la crítica, tampoco le sirve de mucho al *Quijote*. Es cuando nacen los cervantistas, los comentadores eruditos, que exasperan a don Miguel de Unamuno, cervantistas que discurren durante todo el siglo XIX y que culminan en la figura de Rodríguez Marín. Mas si nosotros, españoles, nada o casi nada proporcionamos de luz sobre el *Quijote*, hubo quienes, extranjeros, sintieron temblar la honda emoción de vida que late en las líneas de Cervantes. Los primeros que vislumbraron en el *Quijote* algo más que una parodia de los libros de caballerías fueron los ingleses. En 1612, Shelton traduce el *Quijote* al inglés (12), si bien es verdad que los escritores de las Islas Británicas ya conocían la obra antes de traducirse (13). Durante todo el siglo XVIII los escritores ingleses tienen presente la obra cervantina en sus creaciones (14). Se hace entonces la traducción famosa de Moteux, y la de Jarvis, que se reproducen cons-

(12) *The History of the valorous and wittie Knight-Errant, Don-Quixote of the Mancha*. Translated out of the Spanish (Versión inglesa de Thomas Shelton). London, Printed by William Stansby, for Ed. Blount and W. Barret, 1612. — La segunda parte fué publicada en 1620.

(13) El profesor Edward M. Wilson, catedrático de la Universidad de Londres, hacía un resumen, en 1947, de la fama del *Quijote* en Inglaterra antes de la versión de Shelton: Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) *IV Centenario*. La BBC presenta "Don Quijote de la Mancha". Servicio de transcripciones de la BBC, Londres 1947. El año 1607 publica el escritor Wilkins *The Miseries of Inforst Marriage*, en cuya obra aparece el primer brote cervantino: "Muchacho: sostén bien esa antorcha; que ahora ya estoy armado para luchar contra un molino de viento...". Ben Jonson en *El Alquitrista*, 1611, y en *La mujer silenciosa*, 1610, alude también a la obra de Cervantes.

(14) La primera imitación inglesa del *Quijote* aparece un siglo antes; trátase del poema satírico *Hudibras*, de Samuel Butler (1663-78). Mas aunque la trama sea de origen cervantino, la obra no alcanza nunca la plenitud de conceptos del *Quijote*. En el siglo XVIII la imitación de la novela cervantina es constante, y se encuentran continuas alusiones en Pope, Addison, Hume, Locke, Temple, Swift, De Foe y otros. En 1700 se lleva a cabo la traducción de Motteux, refugiado francés, en 1742 la de Jarvis y otra de Smollet en 1755. Estas tres versiones, juntamente con la de Shelton, y sus numerosas reimpressiones, "han hecho del mejor libro español del año 1605 uno de los libros ingleses más populares de todos los tiempos", escribe Sir Henry Thomas, *El tributo de Inglaterra a Cervantes*; Londres, 1947 (Servicio de transcripciones de la BBC, *op. cit.* pág. 5-7). En 1738 se publica en Londres una edición ilustrada del *Quijote*, en español, hecha por encargo de Lord Cartered, con la primera biografía completa de Cervantes escrita especialmente para esta edición por Mayans y Siscar. Y en 1781 se imprime en Londres y en Salisbury otra edición en español, "con anotaciones, índices y varias lecciones por el reverendo D. Juan Bowle", con un erudito comentario que ha servido de guía a los eruditos posteriores. El gran escritor inglés Fielding debe a Cervantes, no sólo su comedia *Don Quijote en Inglaterra* (1734), sino también su novela *Las aventuras de Joseph Andrews*. Y pudiéramos espigar muchas más alusiones e imitaciones, que se harían en esta ocasión exhaustivas.

tantemente, hasta nuestros días (15). Y de Inglaterra parte una idea que va a ser constante luego en nuestro Unamuno: la de comparar a Don Quijote con Inigo de Loyola (16). Cuando a Defoe se le critica de imitar a Cervantes, éste contesta que es más un mérito que una falta. En Francia, por el contrario, si bien es verdad que la obra se traduce y se edita constantemente (17), los escritores rechazan esta obra como extraña. El mismo Voltaire, uno de los que estaba capacitado para sentir más hondamente el mensaje quijotesco, alude arbitrariamente a la obra de Cervantes. Solamente se salva La Fontaine, a quien encanta Cervantes. Y fueron alemanes, como ya hemos tenido ocasión de subrayar (18), quienes pusieron a nuestro alcance, al alcance de los propios españoles, la primera interpretación transcendental del *Quijote*. Este entusiasmo alemán por el *Quijote* arranca del siglo XVIII. Hubo escritor que hizo del *Quijote* su libro de cabecera (19). Goethe,

(15) *The History of the Renown'd Don Quixote de la Mancha*. Written in Spanish by Miguel de Cervantes. Translated from the original by Several Hands: and publish'd by Peter Motteux Servant to his Majesty. London, Sam Buckley, 1700. 4 vol. *The Life and Exploits of the ingenious gentleman Don Quixote de la Mancha*. Translated from the Original Spanish of Miguel Cervantes Saavedra By Charles Jarvis, Esq.; In two volumes. London, printed for J. and R. Tonson and R. Dodsley, 1742.

(16) Esta idea surge por primera vez con el clérigo inglés Juan Bowle, en 1781, en sus anotaciones eruditas al *Quijote* publicado en español en Londres y en Salisbury.

(17) *L'Ingenieus Don Qvixote de la Manche composé par Michel de Cervantes*, tradvrit fidellement d'espagnol en françois, et dedié au Roy par Cesar Ovdin... Paris, Jean Foüet, 1614, viii, 720 pp. (Trátase de la primera edición francesa). Se publica una segunda edición de esta obra en 1616, revisada y corregida, y la segunda parte de la obra se traduce por primera vez en 1618: *Seconde partie de l'histoire de l'ingenieux... Don Qvichot...* Et traducite fidelement en nostre Langue. Par F. de Rosset. Paris, Jacques dv Clov & Denis Moreav, 1618, iv, 878, iv op. Estas son las dos ediciones que durante todo el siglo XVII se editan en Francia, en un total de aproximadamente 25. En 1691 traduce la obra Filleau de Saint-Martin, y esta versión se edita muchísimas veces a lo largo de casi todo el siglo XVIII. En el año 1777 encontramos varias versiones diferentes, una de Vacquette d'Hermilly, en París, y otra, en París también, de M. Lefevre de Villebrune. En 1799 aparece la primera edición en versión de Florian, en 3 volúmenes, en París, que se edita alternadamente con las otras versiones a lo largo del siglo XIX, juntamente con la de Bouchon Dubournial, que apareció en París en 1821 en cuatro volúmenes. En 1836 aparece la famosa edición en versión de Louis Viardot, París, dos volúmenes, con viñetas de Tony-Johanot, la cual se va a editar hasta los tiempos actuales.

(18) Julio García Morejón, *Perfiles de Don Quijote*, en "Paidcia", Revista da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de Sorocaba, Tomo I, volumen II, 1955, pág. 147-156.

(19) El entusiasmo de los alemanes por el *Quijote* durante el siglo XVIII tiene un precursor importante en Lessing, si bien su conocimiento de Cervantes era deficiente por conocerlo a través de versiones francesas. Este entusiasmo de los escritores del XVIII alemán culmina con Wieland, quien en carta a Liemmermann, en 1758, afirma haber hecho del *Quijote* su libro de cabecera.

en 1795, escribía a Schiller: "Yo he hallado en las novelas de Cervantes un verdadero tesoro en donde al mismo tiempo hallo diversión y enseñanza". Este entusiasmo desemboca en los hermanos Schlegel, que universalizan la transcendencia del *Quijote*, lo llevan a todos los rincones de Europa, y en 1874 Turgeneev, en un primoroso ensayo sobre el *Quijote* (20), dice que el nombre de Don Quijote corre de boca en boca entre los labriegos rusos. Y llegamos ahora, tras este recorrido superficial y panorámico, a los hombres españoles del 98. España, madre de Don Quijote, es la última que conoce a su hijo, y lo conoce merced a la generación de 1898.

El interés por la obra del *Quijote* en España arranca del más importante cervantista del siglo XIX español, Díaz de Benjumea. Pocos han dicho en España, antes que él, juicios más interesantes y han emitido ideas tan precisas y nobles sobre la significación del *Quijote*. El *Quijote*, para Benjumea, es una producción necesaria en el pensamiento de Cervantes, y habla ya de la figura de Sancho Panza alejándose de las vulgares interpretaciones de sus paisanos. Nos habla de Sancho como el Don Quijote del buen sentido, anunciando ya palabras como éstas de don Miguel de Unamuno: "Si, como dicen algunos, Don Quijote murió en España y queda Sancho, estamos salvados, porque Sancho se hará, muerto su amo, caballero andante" (21), alcanzando con estas palabras la cúspide de la fe quijotesca en Sancho. Díaz de Benjumea, pues, es la piedra de toque del verdadero entusiasmo quijotesco en España, el cual lanza estas preciosas palabras dignas del más entusiasta quijotista: "Todo aquel que huya por un ideal, que sufra en la vida por amarguras y desengaños, piense en la figura de Don Quijote como prototipo de almas generosas y esforzadas" (22). Estamos ya a un paso de la generación del 98. Lentamente, se ha ido produciendo en España un resquebrajamiento. La intensidad incomparable de lucha de nuestro siglo XVI ha traído consigo un desgaste de energías que se quiebran en estos instantes totalmente. España ha sido un balcón abierto a todos los horizontes, y este balcón ha precisado de miradas. Nuestra ambición imperial se ha convertido en un desasosiego, en un sueño irreparable, en algo que es preciso llenar y llenar hasta el borde, hasta reventar. La imposibilidad material de mantener firme un imperio creado a base de la Cruz

(20) Ivan Turgenev, *Hamlet y Don Quijote*, en "La España Moderna", Revista de España, Año VI, agosto 1894, tomo LXVIII. Págs. 52-68: "Su nombre ha llegado a ser un mote divertido hasta en labios del mujik y evoca en la memoria de todo el mundo la imagen de un personaje macilento, anguloso, de nariz muy aguileña, rígido dentro de su coraza, una verdadera criatura del caballero, montado en un esqueleto de caballo", Pág. 57.

(21) Miguel de Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida* (Ensayos, *op. cit.* II), pág. 997.

(22) N. Díaz de Benjumea, *Comentarios filosóficos al "Quijote"*, La América, 1859 (vid. prólogo).

y de la Espada, un imperio en el que surgen a poco herejías desintegrantes de la cristiandad, unido esto a la escasa pericia de nuestros gobernantes y a la ambición desmedida de favoritos y de nobles, trae como consecuencia la pérdida de nuestras energías. Se trataba de querer y no poder. Este querer y no poder, por los factores que sean, sucumbe en debilidad. Es como cuando en sueños queremos huir de algo o de alguien y una fuerza invisible nos detiene, creando en nuestro subconsciente una atmósfera de tremenda impotencia. Todo nuestro siglo XVII transcurre en este querer y no poder, vamos a ser un poco más benévolos en pro de la verdad, el siglo XVII, mejor dicho, transcurre en un afán de mantenerse erguido cuando nuestras fuerzas han llevado a la cabeza los cabellos de la fatiga. Y el siglo XVIII, el siglo de los Borbones, el siglo de la razón, el del buen gusto, camina en pos de los salones elegantes, pero dormidos espiritualmente, blancas pelucas en donde sólo anidaban femeninos cerebros llenos de "esprit" y de coquetería. Llegamos a la España ochocentista, a la España del XIX que se revuelve en una ardorosa lucha entre tradicionalistas, de un lado, y progresistas fervientes del otro. "Los españoles acordes con la historia de España, escribe Laín Entralgo, no aciertan a vivir en su tiempo; los que pretenden vivir en su tiempo no saben afirmar la ambición ni la historia de España" (23). Y en esta calma española, en lo que Angel Ganivet denomina abulia española, se forman los hombres del 98. Todos ellos, hombres del litoral, de miradas amplias, de formación antiuniversitaria, aunque universitarios todos, perciben con gravedad la inconsistencia de España, el malestar de España. España precisa de una santería, precisa de un látigo que la despierte de su marasmo. Recuérdese el famoso ensayo de Unamuno sobre "El marasmo actual de España". "Habrá juventud —dice— pero jóvenes faltan". Es preciso acabar con esa senil vetustocracia que cubre de poquedad el ámbito de España. He aquí la reacción de los hombres del 98, hombres del litoral, como dijimos, que se centran en Castilla, que descubren nuestro paisaje y el hombre español que deforma este paisaje. Es harto significativo el hecho de que sean hombres del litoral quienes descubran la intrahistoria española, robando el vocablo a don Miguel de Unamuno, detalle al que hasta el presente, que yo recuerde, no se le ha concedido la importancia que merece. A todos ellos les duele España porque aman a España: "Soy español, escribe Unamuno, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión u oficio". Y porque son españoles piensan que España precisa despertar del letargo en que se encuentra sumida desde el siglo XVII, o quizás antes. Y para despertar nada mejor que el látigo, que se

(23) Pedro Laín Entralgo, *La generación del noventa y ocho*, Espasa-Calpe S. A. (Colección Austral n.º 784), Buenos Aires 1947. Pág. 48.

transforma en el grito de Unamuno o en el descubrimiento de las cosas sencillas, de los caminos polvorientos, del cielo límpido, de las conversaciones escasas y profundas de nuestros campesinos, del sueño de una España real y verdadera de "Azorín". Es un tremendo amor a España, y de su amor a España nacen todos sus libros. "Lo que los escritores de 1898 querían —escribe "Azorín"— no era un patriotismo bullanguero y aparatoso, sino serio, digno, sólido, perdurable. A ese patriotismo se llega por el conocimiento minucioso de España", y para conocer a España hay que sacarla, primero, de la postración, y después, de la abulia o marasmo. Hay que regenerar a España, frase frecuente en labios de estos hombres. Baroja (*), en una conferencia en la Sorbona, nos ha mostrado también la realidad de la España del XIX: "La vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad. Este periodo... fué una época de verdadera corrupción, de grandes fracasos y de algunas ilusiones, de muchas cosas malas y de algunas buenas. España... parecía entonces una mujer vieja y febril que se pinta y hace una mueca de alegría". Los mismos lamentos, las mismas quejas brotan de Ramiro de Maeztu en su libro *Hacia otra España*, y de Antonio Machado, de todos. Quizá como una reacción contra esta España, todos estos hombres erigen como adalid de sus aspiraciones a Don Quijote, y surge el mito de Don Quijote redentor de España, que para algunos se convierte en el reformador del mundo, como señala Bickermann en su precioso libro *Don Quijote y Fausto* (24).

El más febril defensor del mito quijotesco entre los hombres de 1898 es don Miguel de Unamuno, si bien es verdad que no fué el primero que vislumbró en el hidalgo de la Mancha el ideal de nuestra regeneración y el ideal de nuestro destino. El primero a hablar de Don Quijote como símbolo de los ideales hispánicos fué Angel Ganivet, granadino genial, que murió joven, cuando España más precisaba de su talento singular. Angel Ganivet, al contrario de Unamuno, de Azorín o de Ramiro de Maeztu, ninguna obra quedó escrita sobre el *Quijote*, más por falta de oportunidad, aunque creemos sinceramente que de haber vivido más y de haber madurado más su idea sobre el *Quijote* nos hubiera legado uno

(*) Durante la corrección de pruebas de la presente conferencia, nos llega la noticia del fallecimiento de don Pío Baroja, singularísima figura de la generación del 98, que elevó la novela española, decaída durante el transcurrir de más de dos centurias, a un plano estético de categoría universal. Es el penúltimo vástago de una generación que difícilmente será igualada en nuestra Patria. Réstanos ahora la presencia de "Azorín", cuyo mensaje literario deseamos se prolongue todavía por muchos años. Sirva esta humilde nota de última hora de homenaje sincero a la genial figura del 98, Pío Baroja.

(24) Joseph Bickermann, *Don Quijote y Fausto. Los héroes y las obras*. Casa Editorial Araluce. Barcelona, 1932. Págs. 171 y ss.

de los libros más bellos y trascendentes que sobre la obra de Cervantes se hubieran escrito. No obstante, en su obra más representativa, el *Idiariium Español*, podemos espigar algunos juicios dignos de mención en torno al *Quijote*. Lo que para el pueblo griego significa la figura de Ulises es para los españoles Don Quijote, escribe Ganivet, en cuya figura “notamos a primera vista una metamorfosis espiritual” (25). “Todos los pueblos —escribe Ganivet— tienen un tipo real o imaginado en quien encarnan sus propias cualidades”. Este tipo es para los españoles Don Quijote, que a la postre, para Ganivet, viene a surgir por los mismos motivos que va a apuntar años más tarde Ramiro de Maeztu, de la decadencia a que nos conduce la política del gran Felipe II, del sacrificio a que nos condujo este monarca de sostener “un absurdo político”, según Ganivet. “Y la compensación del sacrificio fué la decadencia —apunta—, fué la división de la península, fué la humillación de Gibraltar” (26). Angel Ganivet ha creído ver, mejor dicho, no ha dudado en apuntar los motivos de nuestra decadencia en la dispersión de energías que habíamos acumulado en las luchas de la Reconquista. “El Siglo de Oro de las artes españolas, dice, con ser tan admirable, es sólo un asomo o un anuncio de lo que hubiera podido ser si, terminada la Reconquista, hubiéramos concentrado nuestras fuerzas y las hubiéramos aplicado a dar cuerpo a nuestros propios ideales” (27). Y como reencarnación del español prometedor, del tipo ideal de español, se le presenta a Ganivet la figura de Don Quijote, figura necesaria, pues, que Cervantes nos señala como necesaria, figura que emana precisamente de este ambiente a que nos conduce la dispersión de nuestras energías. “No existe en el arte español —escribe— nada que sobrepuje al *Quijote*, y el *Quijote*, no sólo ha sido creado a la manera española, sino que es nuestra obra típica, “la obra” por antonomasia, porque Cervantes no se contentó con ser un “independiente”: fué un conquistador, fué el más grande de todos los conquistadores, porque mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó a España misma, encerrado en una prisión” (28). La idea de conquistador de España que aplica Ganivet a Cervantes no tiene otra significación, a nuestro humilde entender, que la de plasmador de nuestra espiritualidad esencial, la de forjador de la España del debe ser, de la España que él quería, que intuía, de la España que latía profunda en las venas de nuestra tierra, pero que un casticismo cerrado y falso trataba de empujar al abismo. Cervantes fué, pues, quien con más

(25) Angel Ganivet, *Idiariium español* (Sexta edición), Victoriano Suárez, Madrid 1933. Págs. 182-183.

(26) id. id. *op. cit.* págs. 131-132.

(27) id. id. *op. cit.* págs. 87-88.

(28) id. id. *op. cit.* pág. 79.

vigor intuyó la realidad española y la llevó, en un esfuerzo de intelección y de fantasía genial, al campo del arte en su obra. Por eso escribe Ganivet, y hemos ido de atrás para el comienzo en su *Idearium*, que Cervantes fué “el entendimiento que más hondo ha penetrado en el alma de nuestra nación, en su libro inmortal...” (29), tratando de ver en la justicia de Don Quijote una justicia transcendental y, por lo tanto, aparentemente absurda, al contrario de la justicia de Sancho Panza, moderada, prudente y equilibrada. La posición de Ganivet en lo que hace referencia al ideal de justicia por el que lucha Don Quijote es opuesto al de don Miguel de Unamuno. Angel Ganivet escribe que “hay que luchar, sí, porque la justicia impere en el mundo; pero no hay derecho estricto a castigar a un culpable mientras otros se escapan por las rendijas de la ley” (30). Don Miguel de Unamuno, inflamado de espíritu quijotesco, va a proclamar años más tarde que castigado un ladrón queda castigado en él el robo, y castigado a un mentiroso queda castigada en él la mentira. Mas este ideal de justicia que Unamuno proclama en el *Quijote*, en el ideal de Don Quijote, está pleno de transcendentalidad y, por lo tanto, es falso desde nuestra perspectiva real del mundo. “Las razones que Don Quijote da, escribe Ganivet, para libertar a los condenados a galeras son un compendio de las que alimentan la rebelión del espíritu español contra la justicia positiva” (31). La justicia de Don Quijote es de tipo transcendental, repetimos, y por lo tanto, choca ante los moldes rocosos de la realidad. No nos extrañe, pues, que Don Quijote salga una vez más malparado y apedreado por los galeotes. No son razones que se dan, pensará el hombre que se siente cuerdo y ambientado en la realidad histórica del mundo, las de que *Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello* (32). Don Miguel de Unamuno comenta las palabras arriba citadas de Ganivet, señalando que éste se “queda en los umbrales del quijotismo” al pensar que Cervantes encarnó alguna cosa en Don Quijote tal como nosotros lo encontramos y no hizo más que narrarnos las cosas como sucedieron. Mas hemos de partir del supuesto que para Unamuno significa la figura de Don Quijote como personaje real, de carne y hueso. No obstante, líneas antes ha afirmado Unamuno de Ganivet, mejor dicho, ha otorgado a Ganivet el título de “gran quijotista”, “lo cual es decir una cosa muy diferente y hasta opuesta a eso que suele llamarse cervantista” (34).

(29) id. id. *op. cit.* pág. 68.

(30) id. id. *op. cit.* pág. 68.

(31) id. id. *op. cit.* pág. 68.

(32) *Don Quijote de la Mancha*, I, cap. XXII.

(33) *Miguel de Unamuno* (Ensayos), *op. cit.* págs. 150-151.

(34) id. id., *op. cit.* pág. 150.

¿Hasta qué punto era quijotista y no cervantista Ganivet? Es algo que no se nos ofrece con claridad en la trayectoria del pensamiento de Ganivet, pues sus comentarios son escasos acerca de la obra de Cervantes y de Cervantes mismo. Mas algo podemos afirmar: Ganivet no es ni tan quijotista como piensa Unamuno, ni tan cervantista como otros pudieran pensar. Ganivet, a juzgar por las alusiones que hemos encontrado en su obra, es tan quijotista como cervantista. Ve en Don Quijote y en Cervantes dos realidades inseparables en el ámbito humano, y no desliga la figura de Cervantes de su obra, como hace Unamuno, que en un arranque antierudito nada le importa Cervantes. Desea Ganivet, sí, la quijotización de España, y de ahí subrayar la importancia que para los españoles tiene esta figura, la misma que para los griegos Ulises, tipos ideales en los que se resumen las cualidades de los pueblos español y griego respectivamente. Y llegamos ahora a don Miguel de Unamuno, a este “donquijotesco don Miguel de Unamuno”, como subraya Antonio Machado.

A raíz del desastre de 1898, cuando España dejaba en manos jóvenes los últimos recuerdos de un imperio glorioso, don Miguel de Unamuno, llevado de una irresistible inconformidad, lanza un grito que disuena incluso dentro de su propia conciencia: ¡Muera Don Quijote!. Esto decía desde la revista “Vida Nueva” en 1898. Hemos de encarar esto que para Unamuno mismo va a ser poco después una blasfemia desde la perspectiva que nos ofrece el momento de desolación que significa el total aislamiento. Don Miguel de Unamuno deseó en aquellos amargos instantes la muerte de Don Quijote porque pensó que Don Quijote nos había llevado o conducido a tal estado. Pero cuando hizo examen austero de conciencia y perfiló con claridad que no había sido Don Quijote, sino el espíritu dormilón e intrascendente de un Sancho Panza fatigado que nunca había acompañado a Don Quijote alguno, Unamuno se retracta. Primero, aunque no con los términos categóricos posteriores, en su ensayo “El Caballero de la Triste Figura”, en 1896, y definitivamente, donde hace fe o proclama su fe quijotesca, en su “Vida de Don Quijote y Sancho”, en 1905, libro que es todo pasión y fe quijotesca, libro que es todo Unamuno, Unamuno íntegro, sincero, apasionado, con todos sus problemas, con todas sus dudas, con todas sus meditaciones, con todo su dolor de España y de ser hombre, con su afán de creer, de crear la verdad, de inmortalidad. Si tratamos de calar hondo en este libro de don Miguel de Unamuno veremos que no es más que el grito desgarrado de un hombre que lucha para aferrarse a la vida en el más acá y en el más allá, a la inmortalidad. Y Don Quijote se le presenta a Unamuno con los mismos problemas, con los mismos ideales que a él le surcan la mirada. Cuando Unamuno descubre que el ideal de Don Quijote no es otro que el ideal de no morir,

ya no lo deja de la mano, y lo sigue por doquier, tratando de interpretar con fervor sus más mínimos gestos, sus esencias y su razón de ser o su sobre-razón de ser. Don Miguel de Unamuno se aferra a Don Quijote: “Yo lancé contra tí, mi señor Don Quijote —escribe en la “Vida de Don Quijote y Sancho”— (35), aquel “muera”. Perdónamelo; perdónamelo porque lo lancé lleno de sana y buena, aunque equivocada, intención y por amor a tí”. Recuérdese que años antes del desastre, dos años antes, en 1896, Unamuno había escrito el ensayo “El Caballero de la Triste Figura”, donde se apuntaba ya su perfil quijotesco. Mas sigamos: habíamos dicho que Unamuno se aferra con furia a Don Quijote porque destaca en él los ideales que embargan su conciencia: los ideales de no morir. “La vida de tu vida —escribe—, como la vida de los hombres todos, fué eternizar la vida” (36). Y cuanto más descubre Unamuno en Don Quijote este postulado, más o con más fe lo sigue. Por un lado, observa en él su propio problema; por otro, el problema de España. Del valor de Don Quijote es del que necesitamos en España, “y cuya falta nos tiene perlesuada el alma” (37). Podríamos decir del propio Unamuno lo que él dice de su Don Quijote: “El ansia de renombre y fama, la sed de gloria que movía a nuestro Don Quijote, ¿no era acaso, en el fondo, el miedo a oscurecerse, a desaparecer, a dejar de ser? La vanagloria es, en el fondo, el terror a la nada, mil veces más terrible que el infierno mismo” (38). Vemos, pues, cómo Unamuno va siguiendo el rastro de la fe quijotesca. Don Quijote se arrastra en su locura por un ansia de no morir (39), por un anhelo de inmortalidad que heredamos de nuestros padres, y crea, así, la filosofía de un pueblo que lo puso todo en sus ideales y que a la hora de morir se retira a su aldea para pensar en el pastoreo. Esta “epopeya profundamente cristiana” (40) se transforma, para Unamuno, en la metafísica de los españoles, en la “filosofía de Dulcinea, la de no morir, la de creer, la de crear la verdad” (41). Categóricamente se pregunta y se responde el propio don Miguel de Unamuno: “¿Hay una filosofía española? Sí, la de Don Quijote” (42). Esta esencia y razón de ser de Don Quijote se le impone a Unamuno desde su propia creencia, desde su propio deseo agónico, de lucha. Cuando en 1896 traza Unamuno su ensayo iconológico citado, afirma su creencia en Don Quijote: “Hay que pintarle —dice— con

(35) id. id., *op. cit.* págs. 314-316.

(36) id. id., *op. cit.* pág. 132.

(37) id. id., *op. cit.* pág. 190.

(38) id. id., *op. cit.* pág. 263.

(39) id. id., *op. cit.* pág. 342.

(40) id. id., *op. cit.* pág. 352.

(41) id. id., *op. cit.* pág. 325.

(42) id. id., *op. cit.* pág. 324.

la fe que crea lo que no vemos, creyendo firmemente que Don Quijote existe y vive y obra, como creían en la vida de los santos y ángeles que pintaban aquellos maravillosos primitivos" (43). La creencia en Don Quijote se afianza más aún en su ensayo "Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*", donde escribe: "...puede v debe sostenerse que Don Quijote existió y sigue existiendo, vivió y sigue viviendo con una existencia y una vida acaso más intensas y más eficaces que si hubiera existido y vivido al modo vulgar y corriente" (44). "Las cosas, para Unamuno, son tanto más verdaderas cuanto más creídas" (45), y a fuerza de creer en Don Quijote, a fuerza de necesitar la fe de Don Quijote, Unamuno lo concibe como un ser, no de la fantasía, sino de la realidad, con la misma existencia del Cid, o de Francisco Pizarro o de San Ignacio de Loyola o de Santa Teresa, figuras, estas dos últimas, con quienes lo compara a cada paso en su "Vida de Don Quijote y Sancho". Y hasta tal punto llega la fe de Unamuno en Don Quijote que más de una vez nos anuncia que no parará ahí, en decir que Don Quijote y Sancho existieron realmente, sino que, "con la ayuda de Dios (espera) escribir un libro en que se pruebe con buenas razones y con mejores y muy numerosas autoridades... cómo Don Quijote y Sancho existieron real y verdaderamente, y pasó todo cuanto se nos cuenta de ellos, tal y como se nos cuenta" (46). Esta postura evidentemente la provoca su creencia, su fe, y un natural y espontáneo reflejo antierudito. Unamuno deja a un lado la personalidad de Cervantes, nada quiere saber de Cervantes. Si lo respeta es porque Cervantes fué el apóstol de Don Quijote, como San Mateo, San Lucas, San Juan y San Marcos lo fueron de Cristo. Porque "desde que el *Quijote* apareció impreso... el *Quijote* no es de Cervantes, sino de todos los que lo lean y lo sientan" (47), y "deberíamos todos dejar al muerto, (Cervantes) e irnos con el vivo (Don Quijote)" (48). Esta posición anticervantista no es verdaderamente en Unamuno tanto contra Cervantes como contra los eruditos que andan poniendo notas marginales a lo que no las precisa. Lo que acontece es que Unamuno, para reforzar más su desprecio a los cervantistas que no calan en el quijotismo de la obra, repite una y otra vez expresiones como las siguientes: "Nos falta quijotismo tanto cuanto nos sobra cervantismo" (49), o esta otra:

(43) id. id., *El Caballero de la Triste Figura* (Ensayos, op. cit. tomo I), pág. 207.

(44) id. id., *Sobre la lectura e interpretación del "Quijote"* (Ensayos, op. cit. tomo I), pág. 650.

(45) id. id., *Vida de Don Quijote y Sancho*, op. cit. pág. 188.

(46) id. id., *Sobre la lectura e interpretación del "Quijote"*, op. cit. pág. 658, y *Vida de Don Quijote y Sancho*, op. cit. pág. 179.

(47) id. id., *Sobre la lectura...* pág. 649.

(48) id. id., op. cit. pág. 658.

(49) id. id., op. cit. pág. 654.

“La historia de los comentarios y trabajos críticos sobre el *Quijote* en España sería la historia de la incapacidad de una casta para penetrar en la eterna substancia poética de una obra, y del ensañamiento en matar el tiempo con labores de erudición que mantienen y fomentan la pereza espiritual” (50). Unamuno ve en Cervantes, únicamente, el vehículo de que se sirvió la madre España para manifestar su problema, “y Don Quijote tiene mucho más de su madre que de su padre” (51). De esta forma el *Quijote* se transforma, para Unamuno, en la Biblia nacional de España, “de la religión patriótica de España” (52), porque es obra hecha por los propios españoles, obra impersonal, obra del pueblo que otorga a Cervantes el ministerio de darla forma (53), obra de burlas, sí, pero donde está condensado el fruto del heroísmo español, de donde emana o donde se sedimenta, mejor dicho, la filosofía de España. Porque los españoles, y eso lo sabe muy bien Unamuno, no poseen capacidad para la abstracción, para la metafísica, para la metafísica *more geométrico*. Y si no poseen esta capacidad, ¿cómo se explica el que el *Quijote* centre nuestra filosofía? Unamuno se lo explica de la siguiente manera: “Está visto que esta casta sólo llega a lo eterno humano, a lo divino, más bien, o cuando rompe, gracias a la locura, la corteza que le aprisiona el alma, o cuando, con la simplicidad lugareña, le rezuma el alma de ella” (54). Y en el caso del *Quijote* nos encontramos con la primera solución. Desenvainando nuestra locura, hirviendo en nuestros pechos el heroísmo espiritual de la raza, nos lanzamos a una empresa sin igual, que se transforma a poco en una triste historia que provoca la risa, triste, sí, “pero también la más consoladora para cuantos saben gustar en las lágrimas de la risa la redención de la miserable cordura a que la esclavitud de la vida presente nos condena” (55). Surge aquí el verdadero quijotismo filosófico y la verdadera filosofía quijotesca que Unamuno va a proclamar más tarde en la conclusión de su obra “Del sentimiento trágico de la vida” (56). El *Quijote* se ha transformado, pues, en el crisol del alma y de la sensibilidad española, más castellana que española, pero española a la postre porque Castilla llegó a llenar los horizontes históricos de España. Mas al tiempo que para Unamuno el *Quijote* condensa nuestra peculiaridad espiritual y sentimental, por otro lado el *Quijote* es una seria advertencia a los españoles que se amodorraron en sus hogares, echándose a dormir a la buena de Dios, como se acuestan los animales a la hora de la muerte. Hablando Unamuno de la fuerza con

(50) id. id., *op. cit.* pág. 646.

(51) id. id., *op. cit.* pág. 654-655.

(52) id. id., *op. cit.* pág. 652.

(53) id. id., *op. cit.* pág. 655.

(54) id. id., *Vida de Don Quijote y Sancho*, *op. cit.* pág. 197.

(55) id. id., *op. cit.* pág. 282.

(56) id. id., *El sentimiento trágico de la vida*, *op. cit.* pág. 988.

que Don Quijote impone su voluntad al barbero propietario de lo que va a ser en manos del héroe el yelmo de Mambrino, que no era sino bacía, escribe: “Este valor es el que necesitamos en España, y cuya falta nos tiene perlesuada el alma. Por falta de él no somos fuertes, ni ricos, ni cultos; por falta de él no hay canales de riego, ni pantanos, ni buenas cosechas; por falta de él no llueve más sobre nuestros campos secos, resquebrajados de sed, o cae a chaparrones el agua, arrastrando el mantillo y arrasando a las veces las viviendas” (57). Este es el problema de los hombres del 98, que tratan de sacudir de la inercia, de la pasividad, de la vetustocracia a los españoles de entonces, para tratar de regenerar a España, de hacer a España. “No tendremos vida, escribe en otro lugar, vida exterior poderosa, y espléndida, y gloriosa, y fuerte, mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes. No se puede ser rico viviendo de mentira, y la mentira es el pan nuestro de cada día para nuestro espíritu” (58). ¿Cómo salir de esta postración, pues? Predicando lo absurdo, como Don Quijote, lo imposible, errando una y otra vez, arrojando el ridículo (59). Sólo así conseguiremos acertar, porque cuando acertemos acertaremos de vez y para siempre. “Las inquietudes del ángel son mil veces más sabrosas que no el reposo de la bestia”, sabe Unamuno (60), y un ángel inquieto es Don Quijote, que trata desde sus primeros pasos de imponer su inquietud a los españoles. Y ¿cómo? Llevado por el amor, por el ansia de justicia transcendental y pura, por el afán de inmortalidad. Mas no olvidemos el amor. Por Dulcinea Don Quijote vence, en nombre de Dulcinea vive: *Ella pelea en mí y vence en mí y yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser.* (61). Palabras éstas que excitan el comentario de Unamuno y que le llevan a citar aquellas otras de Pablo de Tarso: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí” (62). Pero no debemos olvidar a aquel su precioso escudero, en cuya figura se atesora hoy la fe del Caballero (63). Sancho Panza, que comienza impelido por un afán de ambición material, al contacto con Don Quijote se va qui jotizando, al mismo tiempo que va poniendo al descubierto lo que de sancho existe en el bueno de Don Quijote. La vida de Sancho Panza fué, según Unamuno, “una lenta entrega de sí mismo a ese poder de la fe qui jotésca y qui jotizante” (64), y no podríamos concebir hoy al uno sin el otro. (65). Cuando Don

(57) id. id., *Vida de Don Quijote y Sancho*, op. cit. pág. 190.

(58) id. id., op. cit. pág. 192.

(59) id. id., op. cit. pág. 191.

(60) id. id., op. cit. pág. 212.

(61) *Don Quijote de la Mancha*, I, cap. XXX.

(62) Unamuno, *Vida de Don Quijote...* op. cit. pág. 172.

(63) id. id., op. cit. pág. 346.

(64) id. id., op. cit. pág. 217.

(65) id. id., op. cit. pág. 205.

Quijote, fatigado, se retira al sueño del que ha de despertar un día para levantarnos de nuestra cordura, Sancho se vuelve loco, y mientras aquél “abominaba de los libros de caballerías, el buen escudero le pedía con lágrimas en los ojos que no muriese, sino viviera para volver a salir a buscar aventuras por los caminos” (66), por aquellos caminos polvorientos de la Mancha, haciéndose fiel discípulo de Cristo, que no corrió mundos predicando su doctrina, sino que se sirvió de un pedazo de su Galilea para sus sublimes enseñanzas (67). En conclusión: Unamuno se presenta el problema de Don Quijote llevado por esa morriña de eternidad que embarga su propia alma, “que es el más secreto motor de todos los peregrinantes en busca del sepulcro de Don Quijote” (68).

De distintos ángulos, no tan trascendentales, se plantea Ramiro de Maeztu el problema del *Quijote*. Ramiro de Maeztu es un excelente periodista, de origen inglés y vascongado, que enfrenta la vida con el optimismo peculiar de un muchacho recién iniciado en el trabajo. Es un hombre que sabe desentrañar la belleza y la verdad incluso en lo que a primera vista se nos muestra hostil. Ha viajado mucho, conoce los halagos de la vida y se afanó siempre en buscar un camino que guiase a los hombres a la felicidad, como hermanos respirando el mismo clima agradable del lar paterno. Mas no olvidemos que Ramiro de Maeztu es un hombre del 98, un hombre que se da cuenta, ante la hora de España, de que hay que encarar la vida con ojos risueños, de que hay que comenzar una vida nueva, y así se titula la revista que él funda con “Azorín” y Pío Baroja. Mas veamos cómo se plantea el problema del *Quijote*. Leyendo su precioso trabajo sobre “Don Quijote, Don Juan y la Celestina” inmediatamente observamos que su postura es un tanto opuesta a la de Unamuno, si bien, a la postre, va a desembocar al mismo sendero. Lo primero que nos sorprende es la filosofía que Ramiro de Maeztu desprende del *Quijote*: “Del *Quijote* se desprende inmediatamente una filosofía moral muy concreta: la filosofía que ha llegado a convertirse en máxima universal de nuestra alma española: No nos metamos en libros de caballería; No seamos Quijotes” (69). Mas, a la postre, también Ramiro de Maeztu acredita en Don Quijote, porque se da cuenta de la superior esencialidad de Don Quijote frente a muchas figuras de la realidad (70). Lo que acontece es que Ramiro de Maeztu —si bien escribe estas páginas con posterioridad a los de su generación— discurre por una trayectoria un tanto más eru-

(66) id. id., *Sobre la lectura e interpretación del “Quijote”, op. cit.* pág. 661.

(67) id. id., *Vida de Don Quijote y Sancho*, op. cit. pág. 273.

(68) Pedro Laín Entralgo, *op. cit.* pág. 220.

(69) Ramiro de Maeztu, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, op. cit. pág. 58.

(70) id. id., *op. cit.* pág. 15.

dita, siendo que su erudición está muy lejos de la erudición de los cervantistas, de aquellos cervantistas que irritan a don Miguel. Ramiro de Maeztu se plantea el problema del *Quijote* así: El *Quijote* es el libro de nuestra decadencia. Y habla repetidas veces sobre ello. Don Quijote se le presenta como el símbolo de la decadencia española. A Ramiro de Maeztu le preocupa hondamente este problema y trata de acercarse a él por todos los ángulos posibles, utilizándose de la figura de Cervantes para corroborarlo. En un rápido recorrido a través de la España de Cervantes, que en pocos años de un espléndido florecimiento y riqueza y poderío se precipita en la más irrefrenable postración, como hemos señalado más arriba, Ramiro de Maeztu subraya el ideal de esta España miserable, cercana a la derrota, que no puede aspirar a otra cosa después de un desmedido trabajo que al descanso: "Don Quijote está demasiado viejo para sus empresas. Quiere, pero no puede. Pues eso es decadencia" (71). Antes había manifestado su idea de que es preciso ver en la obra de Cervantes "la voz de una raza fatigada" (72), si bien que hay que situar el *Quijote* "en la perspectiva del siglo XVI, lo mismo para que se perciba su épica grandeza que para prevenirnos contra su sugestión de desengaño" (73). Y contrapone la figura de Don Quijote a la de Hamlet, siguiendo las huellas de Ivan Turgueneff, que habla de un "símbolo de la fe", Don Quijote, y un "símbolo de la duda", Hamlet. "Don Quijote es el idealista que obra; Hamlet, el que piensa y analiza" (74). Don Quijote es un viejo que se lanza a una descomunal hazaña en relación con sus fuerzas cansadas. Hamlet es joven. Su enamorada es joven y bella. La de Don Quijote sólo es joven y bella en su delirio. Y en cambio, Hamlet duda, duda hasta el fin, hasta sumirse en una profunda tragedia, de la que no se salva y a la que arrastra a cuantos le rodean. Maeztu trata de ver en estas dos figuras el símbolo de dos castas, la una en declinio, la otra en ascenso. Maeztu percibe la simbología del "Hamlet" como promesa y la del *Quijote* como amargo rastro de la realización de una promesa. Mas se irrita cuando se enfrenta con la frase de Lord Byron de que "el *Quijote* fué un gran libro que mató a un gran pueblo", aferrándose a la idea de que este pueblo, cuando se compuso el *Quijote*, ya estaba fatigado, aunque no muerto (75). El pensamiento de Maeztu sobre el *Quijote* se define cuando trae a colación la obra de otro gran espíritu ibérico, de Camões. Encontramos ahora una de las páginas más brillantes y certeras del escritor. Maeztu ve en "Os Lusíadas" y en el *Quijote* las obras necesarias, precisas e ineludibles de la sensibilidad ibérica. Una,

(71) id. id., *op. cit.* pág. 22.

(72) id. id., *op. cit.* pág. 20.

(73) id. id., *op. cit.* pág. 25.

(74) id. id., *op. cit.* págs. 25-26.

(75) id. id., *op. cit.* pág. 57

a la hora del triunfo; la otra; a la hora del fracaso, a la hora del descanso. “Donde acaban os Lusiadas empieza Don Quijote”, escribe (76). “Las Lusiadas concluye con un hiato. Pasan treinta y tres años desde su publicación. En el camino señalado por el dedo de Camões, aparece primero una figura: un hidalgo cabalga en un rocín y blande lanza; el pueblo lusitano se figura que será el rey don Sebastián, pero cuando piensa que va a aparecer detrás el cortejo de sus caballeros, no ve sino a un escudero sobre las alforjas de un borrico: son Don Quijote y Sancho” (77). He aquí, pues, para Ramiro de Maeztu, el libro del desencanto español, los sueños que Cervantes pone en un viejo impotente incapaz de realizarlos. Ramiro de Maeztu, siguiendo la tesis de Navarro Ledesma en su “Vida de Cervantes”, concibe la idea de que el *Quijote* no es más que la realización artística de los ideales de Cervantes, es decir, una obra necesaria en la trayectoria cervantina. Maeztu está más cerca de Ganivet y de “Azorín”, que de Unamuno. El autor de la “Defensa de la Hispanidad” ha hecho un recorrido a través de la vida de Cervantes, subrayando más las amarguras que las alegrías, si bien estas últimas es verdad que no fueron muchas en Cervantes, y sí tan sólo las que le deparaban sus ilusiones y esperanzas. Y afirma Maeztu después de habernos mostrado un largo rosario de desdichas: “Cuando se piensa en la vida de Cervantes es cuando se siente mejor el *Quijote*, que no es, por otra parte, ningún libro esotérico” (78). Para Maeztu, pues, no nos podremos explicar a Don Quijote sino por Cervantes y viceversa (79). Nos presenta, o nos hace ver, mejor dicho, la vejez y la juventud en amargo contraste, y de este contraste surge para Maeztu la locura del héroe (80). “Leamos el *Quijote* —dice— con humildad y sencillez” (81). Mas veremos a cada paso el desencanto español.

Don José Ortega y Gasset, una de las recientes y más doloridas pérdidas de España, se desliga un tanto de los miembros del 98. No podemos considerarlo, en verdad, perteneciente a esta generación. Es un hijo de esta generación, fruto sazonado de las mismas inquietudes. Mas, no obstante, le preocupan los mismos problemas, idénticos problemas, si bien de un plano más universitario y europeo. Y don José Ortega y Gasset publica su primer libro: “Meditaciones del *Quijote*”, donde se propone investigar el quijotismo del libro, no el de Don Quijote (82). Sin embargo, también va a caer en los mismos perfiles de sus antecesores, desde otras

(76) id. id., *op. cit.* pág. 45.

(77) id. id., *op. cit.* pág. 45.

(78) id. id., *op. cit.* pág. 40.

(79) id. id., *op. cit.* pág. 48.

(80) id. id., *op. cit.* pág. 52.

(81) id. id., *op. cit.* pág. 20-21.

(82) José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, 1914, pág. 53.

perspectivas. Don Quijote se le presenta a Ortega como “un cristo gótico macerado en angustias modernas; un cristo ridículo de nuestro barrio creado por una imaginación dolorida que perdió su inocencia y su voluntad, y anda buscando otras nuevas” (83). La posición de Ortega es opuesta a la de Unamuno, “ad pedem literae”. A Unamuno le interesa el quijotismo de Don Quijote. A Ortega el quijotismo de Cervantes (84), aunque prefiere el título de quijotismo al de cervantismo. Mas Ortega y Gasset mariposea un tanto alrededor del *Quijote*, traza amplios círculos, como él mismo reconoce, porque renuncia de antemano a penetrar los secretos últimos del *Quijote*. Lo que sí nos deja Ortega son rápidas, espléndidas intuiciones sobre el *Quijote* que plasma en frases sin igual: “¿Se burla Cervantes? ¿Y de qué se burla? De lejos, solo en la abierta llanada manchega, la larga figura de Don Quijote se encorva como un signo de interrogación: y es como un guardián del secreto español, del equívoco de la cultura española” (85).

Menéndez Pidal, el sabio filólogo de la generación que perfilamos, dedica también algunas líneas al libro de Cervantes, pero como éstas entrarían más bien en el campo del cervantismo que en el del quijotismo, nos las saltamos propositadamente, sin dejar de antemano de manifestar nuestro profundo respeto por la obra ingente de este español que sacó a la filología de los secos caminos por los que andaba para llenarla de vida y de inquietud.

Y hemos dejado propositadamente para el final al hombre que aparentemente no busca trascendentalismo alguno en el *Quijote*, a ese maestro de la nueva sensibilidad que un buen día va a salir, como Don Quijote, a recorrer sus propios campos para conocer a fondo los paisajes y a los hombres con quienes el héroe topó, para así reencarnarse con mayor soberanía en la esbeltez de su personalidad. Ya se sabe que estamos hablando de “Azorín”, “el maestro de la nueva sensibilidad”. “Azorín”, hombre del 98, hombre a quien también le duele España, porque ama entrañablemente a España, ve en Don Quijote el arquetipo de España, el propio espejo de España y de los hombres inquietos de la generación a la que él mismo denominó del 98. La pasión de “Azorín” es Cervantes, Cervantes como autor de todas sus obras, Cervantes autor de las “Novelas ejemplares”, de los “Entremeses”, del “Persiles y Segismunda”, pero sobre todo autor del *Quijote*. Y “Azorín” nos confiesa una y otra vez esta pasión: “He leído el *Quijote* incontables veces —dice; no transcurre día sin que lea un capítulo de la novela; tengo todo un ancho estante lleno de ediciones varias del *Quijote*. En mi lectura de la obra he llegado a tal saturación, que

(83) id. id., *op. cit.* pág. 53.

(84) id. id., *op. cit.* pág. 54.

(85) id. id., *op. cit.* pág. 127.

yo necesitaba ardentemente realizar un acto en que concretar todo mi fervor..." (86). Y este acto se realiza siguiendo *La ruta de Don Quijote*, libro que nos trae todo el amor de "Azorín" por las cosas, campos y gentes que trató Cervantes y con quienes toparía Don Quijote. Ya tenemos a este otro andariego hollando los senderos de la Mancha, contemplándolos a todas las horas, en todos los minutos, bajo todas las perspectivas, describiendo con minuciosidad y ternura estos campos, y al observar su marasmo, el hacer y deshacer de estas gentes, su dormirse, exclama: "¿No es ésta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano? ¿No está en este pueblo compendiada la historia eterna de la tierra española? ¿No es esto la fantasía loca, irrazonada e impetuosa que rompe de pronto la inacción para caer otra vez estérilmente en el marasmo? Y ésta es la exaltación loca y baldía que Cervantes condenó en el *Quijote*; no aquel amor al ideal, no aquella ilusión, no aquella confianza en nosotros mismos, no aquella vena soñadora, que tanto admira el pueblo inglés en nuestro hidalgo..." (87). Y para comprender mejor esto "Azorín" quiere beberlo en los propios vasos íntimos de Castilla, de España, porque ama esa figura dolorosa. Ya le tenemos en pie de marcha. Primero Argamasilla de Alba. "Azorín" nos transporta a la Argamasilla de 1570, o de 1572 o de 1575, e invadido de emoción nos deja caer estas palabras: "Don Quijote de la Mancha había de ser forzosamente de Argamasilla de Alba" (88). "Azorín" nos explica la psicología de este pueblo como de un pueblo enfermizo, fundado por una generación "presa de una hiperestesia nerviosa" (89), en donde mejor que en parte alguna habría llegado el momento supremo de la aparición de Don Quijote. Y cuanto más se adentra "Azorín" en este pueblo, y en estos campos, y estos senderos, y cuanto más conversa con estas gentes calladas, silenciosas, profundas, menos le gustan y más las ama. La visita a la cueva de Montesinos le proporciona una gran amargura, pero una honda reflexión: "Hoy Don Quijote redivivo no bajaría a esta cueva; bajaría a otras mansiones subterráneas más hondas y temibles. Y en ellas, ante lo que allí viera, tal vez sentiría la sorpresa, el espanto y la indignación que sintió en la noche de los batanes, o en la aventura de los molinos, o ante los felones mercaderes que ponían en tela de juicio la realidad de su princesa. Porque el gran idealista no vería negada a Dulcinea; pero vería negada la eterna justicia y el eterno amor a los hombres" (90). ¿Quién es, pues, Don Quijote para "Azorín"

(86) "Azorín", *Con Cervantes* ("La noche del 23") Espasa-Calpe S. A. Col. Austral n.º 747, Buenos Aires 1947, pág. 150.

(87) id. id., *La ruta de Don Quijote*, Ed. Losada S. A. Buenos Aires, 1948. Pág. 160.

(88) id. id., *op. cit.* pág. 30.

(89) id. id., *op. cit.* pág. 35.

(90) id. id., *op. cit.* pág. 110.

una vez que adquiere las mismas vivencias ambientales, sociales de Don Quijote recorriendo sus caminos? Es un paradojista a quien no le importa nada de esto, nada de conveniencias sociales, que arrostra el ridículo por el ridículo, que camina al azar, que desprecia el dinero. “¿Qué hombre estupendo es éste?”, se pregunta “Azorín” (91). Y vuelve una y otra vez a leer el *Quijote* para acabar de descubrirnos los más hondos entresijos de su locura, y a recorrer aquellas llanuras, “empapándose de este silencio, gozando de la austeridad de este paisaje”, que es como “se acaba de amar del todo íntimamente, profundamente, esta figura dolorosa” (92).

Alguien, a estas alturas, pensará que se nos olvidaba la voz de otro gran miembro del 98: Antonio Machado. No; lo que acontece es que poco hemos de señalar en su quijotismo, a no ser que le apliquemos cuanto hemos dicho de Unamuno, en una escala más intuitiva. Podríamos leer su poema “La mujer manchega”, pero nada sacaríamos que nos interesase en estas horas. Acabemos, pues, diciendo lo que diría Unamuno: lo que para mí significa el Quijote es lo que yo descubro en él; lo vivo es lo que descubro en él, y nadie podrá comentar su vida si no se siente dominado por su propia locura, porque Don Quijote es para mí como yo soy para Don Quijote. Y pongamos punto final definitivo, leyendo aquellos famosos versos de la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* que Rubén Darío, de vuelta de su parnasianismo y simbolismo, enraizado en la vena profundamente ibérica, le dedica a Don Quijote:

“Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios”.

(91) id. id., *Con Cervantes* (“El Caballero del Verde Gabán”), op. cit. pág. 24.

(92) id. id., *La ruta de Don Quijote*, op. cit. pág. 75-76.